

CUIDADO CON EL CAÑO

Cuando los dedos de una mano todavía eran suficientes para mostrar mi edad, fuimos a pasar un día a Barriopalacio. Aunque estábamos a principios de agosto, hacía un calor primaveral y la música envolvía a la gente que alegraba las calles.

Jugando a la herradura y en mi tirada ganadora, una mano peluda salió de la nada, moviendo la barra.

—¡Eh!

Arrojando las herraduras al suelo, fui tras el culpable: un trasgo que vestía túnica roja y cojeaba de la pierna derecha. Le perseguí un buen rato, hasta que, parándose ante mí, hizo una pedorreta y se desvaneció en el aire. Cuando quise situarme, me di cuenta de que me había alejado del centro del pueblo y estaba solo. De repente, apareció un tentirujo caminando tranquilamente.

—Si yo fuera tú, me iría rápido de aquí. Gira a la derecha para evitar a la ojáncana y mucho ánimo cuando te cruces con el cuegle: ten cuidado con el caño —me dijo, antes de desaparecer.

¿Ojáncana? ¿Cuegle? Tenía muchas preguntas, pero ante la falta de interlocutor, me puse a andar. Girando frente a una de las terrazas adornada con flores rosadas me encontré de improviso con un monstruo enorme, dotado con tres brazos y un cuerno en medio de la frente. Me recorrió de arriba abajo con la mirada y se relamió con avidez los labios, de los que pendía una gota de saliva kilométrica. Eché a correr. Siguiendo más mi instinto de supervivencia que el de la orientación, hui alejándome de la música.

En plena fuga, miré atrás un segundo para confirmar que aún era perseguido. Calculé mal la maniobra y un caño me golpeó de lleno el rostro. Repelido por la fuerza del impacto, caí hacia atrás, de culo, momento que el cuegle aprovechó para abalanzarse sobre mí. Después de olisquearme con ímpetu, se apartó levemente.

—¿Qué has comido esta mañana? —gruñó.

—Leche con galletas, como siempre.

El bicho reprimió una arcada, colocándose uno de los tres puños delante de la boca, y se alejó corriendo. Cerré los ojos con fuerza, respirando profundamente para contener las lágrimas. Al abrirlos, se erguía ante mí una mujer de túnica blanca. Posó su báculo en el suelo y, de cuclillas ante mí, me secó la sangre de la frente con dulzura.

—Yo te ayudaré a encontrar el camino, jovencito. —Me tendió una mano blanca, casi etérea. —Ven conmigo.

Le di la mano y caminamos juntos de vuelta.

—Para la próxima vez que te encuentres con un cuegle —me susurró, metiendo algo en mi mano, como la abuela dándome la propina a escondidas.

Llegamos al centro de la fiesta, y en un momento dado, tenía a mi madre delante.

—¡HUGO! ¡¿Pero dónde est...?! ¡AY!, ¿QUÉ TE HAS HECHO?

Ni mi madre ni mi hermana me creyeron cuando les expliqué cómo me había hecho la brecha, pero el trozo de corteza de acebo que me dio la anjana —y que aún conservo— me asegura que todo fue verídico.